



CURIA GENERALIZIA DEI CARMELITANI
VIA GIOVANNI LANZA, 138 - 00184 ROMA (ITALIA)
Tel. 06.4620181
e-mail: seggen@ocarm.org

A todos los miembros de la Familia Carmelita

Prot. 214/2025

MARÍA, MADRE DE LA ESPERANZA

**MENSAJE DEL PRIOR GENERAL CON MOTIVO DE LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN
EN EL AÑO JUBILAR 2025**

Hermanos y hermanas:

Una vez más, tenemos la inmensa alegría de celebrar la solemnidad de Nuestra Señora del Monte Carmelo como celebración de la Iglesia y de toda la Familia Carmelita.

Este año lo hacemos como parte de las celebraciones jubilaires, lo que da un significado especial a nuestras novenas, procesiones y celebraciones litúrgicas, ya que este año el muy recordado papa Francisco nos pidió que miráramos la esperanza que hay en nuestras vidas y los fundamentos de esa esperanza: Jesucristo, el Salvador, y María, su Madre. Gracias a ellos y a lo que representan, nosotros podemos vivir con una esperanza que no defrauda. Jesús es el Verbo Encarnado de Dios. María es la sierva del Señor, siempre obediente a su Palabra. Jesús, colgado en la cruz, es la promesa de la resurrección, la victoria sobre todo aquello que pudiera detenernos y dejarnos en las tinieblas. María se quedó de pie y su corazón comprendió, y, sin saber lo que estaba sucediendo, mantuvo la esperanza y no se apartó al ver a su Hijo morir crucificado.

En este Año Jubilar, que nos ve a todos como peregrinos de esperanza, nuestra fe y nuestra esperanza se ponen a prueba. Todos los días escuchamos noticias de guerra. Las noticias de Gaza cada día hablan de 20, 30, 60 o incluso 90 personas, hombres, mujeres y niños, que pueden morir en un solo ataque. Cada ataque es el resultado de una cuidadosa planificación y se aprovecha el mejor talento humano para hacerlo posible.

Pienso en cómo debe ser comenzar el día en Gaza o en Kiev. Es difícil pensar que la gente haya dormido, pero aun así, el nuevo día debe comenzar. ¿Qué traerá el nuevo día? ¿Más muerte, más destrucción, más escombros y, de nuevo, el grito de: «¿Cuándo y cómo terminará todo esto?». ¿Qué hace uno cuando está rodeado de escombros, cuando el hogar que tenía un día antes ahora es una ruina total y la sangre de su familia ha teñido las piedras

de rojo? ¿Cuántas veces la gente debe sentir: «Estamos perdidos, sin esperanza, sin nadie que nos salve»?

La tragedia de la guerra nos entristece siempre. Las noticias de desastres naturales también nos entristecen. Al hablar de desastres naturales, sabemos que, en muchos casos, los llamados desastres naturales pueden prevenirse o, si no se previenen, sus consecuencias pueden ser menos graves. Creemos que, gracias a los avances científicos, podemos hacer mucho más.

Si bien el corazón humano debe sufrir profundamente al ver lo que está sucediendo, aún tenemos esperanza, y esa esperanza no decepciona. El Jubileo es una ocasión para dar gracias a Dios, autor de la vida, para escuchar atentamente su Palabra y para enderezar nuestra relación con Dios, con los demás y con la tierra, que es nuestro hogar, un hogar hecho para cada hijo de Dios e hijo de María.

Hoy podemos dar gracias porque tenemos motivos para esperar. Cada vez que recurrimos al Evangelio, descubrimos de nuevo el motivo de nuestra esperanza y damos gracias. El Evangelio habla de Jesús revelando el amor y la misericordia del Padre. El Evangelio habla de María recibiendo esa palabra y poniéndola en práctica. El Evangelio habla de un compromiso de vida que se basa en el amor y en tratar a cada ser humano como hermano y hermana.

Este es el mundo que nos ofrece el Evangelio. No es solo una idea piadosa. No es un sueño inalcanzable. Es una realidad que podemos alcanzar, y que ha sido alcanzada por personas que, como María, depositaron su fe en Jesucristo y trataron de llevar una vida sencilla de amor y servicio al prójimo. Esta es la vida que millones de personas se esfuerzan por alcanzar, para sí mismas y sus familias, pero algo ha fallado. Hay una parte de nuestra sociedad que nos ha fallado. Es esa parte que no ve a los seres humanos como hermanos entre sí, que no ve a los demás como sus hermanos, sino como rivales, competidores, siervos de su ambición, pasto de su codicia. La gente con esa mentalidad, predicando su evangelio de poder y exclusión, de opulencia y avaricia, de alguna manera ha convencido, cautivado o corrompido a demasiados líderes de este mundo, para hacer leyes que les sirvan a ellos y alejen, excluyan y castiguen a las masas que son víctimas de este juego de poder, y que empiezan a sentir que no tiene sentido oponerse a este poder, y, por tanto, lo único que pueden hacer es aceptarlo y convertirse en parte de él. "Si no puedes con ellos, únete a ellos".

En la época de los profetas, la situación era muy similar. Una y otra vez, los verdaderos profetas tuvieron que alzarse para condenar la opresión de los malos pastores y restaurar la esperanza del pueblo en los pastores dedicados a su gente. Elías se levantó como un fuego, aborreciendo lo que la idolatría de Acab y Jezabel estaba haciendo al pueblo, despojándolos de su identidad, quitándoles la razón de la esperanza y sustrayéndoles el alimento de la boca para dárselo a los caballos. Elías se levantó como un fuego. Elías estaba allí para defender la dignidad de la persona humana y la verdadera imagen de Dios. ¡Con cuánta frecuencia hoy se usa el nombre de Dios para apoyar las causas más inhumanas!

En su época, María pudo ver las mismas verdades. Vio que Dios exaltó a los humildes y destituyó a los poderosos de sus tronos. Vio que Dios alimentó a los hambrientos y envió a los ricos con las manos vacías. Vio que Dios es fiel a sus promesas y, a medida que la pequeña comunidad comenzaba a formarse a su alrededor, atesoró las palabras pronunciadas por Jesús, que, desde la cruz, dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Ella sabía que todo lo que su Hijo había dicho era verdad, porque todas sus palabras eran palabras de salvación.

Cuando hablé de la dicha de los pobres, los pacificadores, los limpios de corazón y los profetas de justicia, todas esas palabras eran palabras de salvación y, por eso mismo, verdaderas. Cuando hablé de construir nuestra casa sobre roca y no sobre arena, todo eso era cierto; y cuando hablé de haber venido a servir y no a ser servido, también era cierto; y cuando hablé de amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y fuerzas, y al prójimo como a nosotros mismos, también era cierto. Todas estas palabras son verdaderas porque son palabras de salvación. Hoy nos engañan y desorientan muchas palabras, pronunciadas para defender causas que no deben defenderse porque ofenden la dignidad de la persona humana y no son palabras de salvación.

El salmista tiene una palabra para nosotros: «Mi alma espera en el Señor, confió en su palabra. Mi alma anhela al Señor más que un centinela la aurora» (Salmo 130). ¿Encontramos esta confianza en nosotros mismos, como la encontró María, y nos da la clase de esperanza que es tan segura, firme y confiable como el amanecer que seguirá a la noche, como todo centinela sabe?

¿Dónde está entonces nuestra esperanza, esa esperanza segura que no nos fallará y que se nos anima a descubrir en este Año Jubilar? Esa esperanza está en Jesucristo, el Verbo Encarnado; en María, la Madre del Verbo Encarnado, siempre obediente a esa palabra. Está también en nuestros hermanos y hermanas que han creído en esa Palabra. No estamos solos. Al reflexionar cada año en la historia de María al pie de la cruz, podemos pensar en las generaciones de personas que recibieron a María como su madre y la acogieron en sus vidas y hogares como sus hijos. No estamos solos. Cuando oramos por la paz, nos unimos a miles y miles de personas en todo el mundo, cuya humanidad aún está viva y sana, que no se han arrodillado ante Baal ni ante ningún otro ídolo cruel e insensible. No estamos solos. Elías, en una ocasión, pensó que estaba solo, que todos los profetas habían sido asesinados y que solo él había quedado, y que querían matarlo también (1R 19,18). Entonces tuvo que descubrir que no, que no estaba solo; había otros siete mil profetas que no habían doblegado su corazón a Baal. Hoy, en este Año Jubilar, debemos mirar a nuestro alrededor y ver la inmensa multitud de personas, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, que aprecian la humanidad que recibieron del Creador y anhelan vivir en paz y armonía con su prójimo, tener espacio y dignidad para sus familias y contribuir a la construcción de un mundo donde haya espacio y dignidad para todos.

¿Cómo debe ser estar sin hogar, tener niños pequeños que no se pueden proteger, oír el sonido del enemigo en el cielo y segundos después ver la destrucción que una bomba, no digamos mil, puede causar en cuestión de segundos? ¿Qué palabras, ideas, mensajes, ambiciones y obligaciones hay en la mente de los hombres y mujeres que dan las órdenes, y de los hombres y mujeres que las ejecutan? El Año Jubilar nos llega como un momento para dar gracias a Dios, y para construir nuevas relaciones donde las que hay no se basan en la fraternidad. No hay límite para el número de hijos e hijas que María recibió al pie de la cruz, ni para los hombres y mujeres que pueden acoger a María en su hogar como hijos suyos. Aquí creamos una nueva humanidad en la que reconocemos que la madre y los hermanos y las hermanas de Jesús, en vida, en la cruz y en la resurrección, son quienes escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Estas son las personas que escuchan las palabras de salvación, las atesoran y las hacen suyas. Son capaces de filtrar y alejar las palabras de violencia y destrucción, las palabras de odio y venganza, las palabras de avaricia y la ambición de dominar a los demás.

Ahora en el mundo escuchamos a algunos de nuestros líderes decir que debemos estar preparados para la guerra, que sería ingenuo pensar lo contrario. Escuchamos de nuevo esa supuesta sabiduría que dice: "Si quieres la paz, prepárate para la guerra". Escuchamos

palabras que nos dicen que hay que intimidar a otros para que acepten la paz: la paz viene con la fuerza, no hay otra manera. La paz con fuerza es verdadera, pero ¿qué tipo de fuerza? Nuestra fe en Jesucristo siempre dirá que nuestra verdadera fuerza reside en nuestra capacidad de confiar en la palabra de Dios y de extender esa misma palabra para tocar los corazones de hombres y mujeres que han sido tocados por el amor de Dios y anhelan en lo más profundo de su ser, allí donde el clamor de la humanidad es fuerte y claro, perdonarse mutuamente y construir nuevas relaciones de hermandad para el bien de todos.

Ahora debemos detenernos y ver qué puede hacer la esperanza por nosotros hoy. Nuestra esperanza está en Cristo Jesús, y esa esperanza no decepciona. Sin embargo, ¿es correcto perder la esperanza en la humanidad, en nuestros hermanos? El salmista (Sal 117) nos dice: «No confíen en los príncipes, confíen en el Señor y él los salvará». Sin embargo, no es correcto no tener esperanza en nuestros hermanos, en los seres humanos. Si lo hiciéramos, estaríamos jugando el juego de quienes nos arrebatarían nuestra visión de Dios y nuestra comprensión de la dignidad de la persona humana, solo para reemplazarla con una imagen muy pobre y a veces repugnante de ella. Dios ha puesto tanto de sí mismo en la humanidad que podemos vernos unos a otros como verdaderos hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas entre nosotros. Nuestra forma de entender la humanidad se basa en el Evangelio, en la ley del amor, en la revelación de Dios y en el amor de Dios que nos ha sido dado, ejemplificado en María y nuestros santos, como lo ejemplificaron los profetas Elías y Eliseo, y que hemos recibido en el momento de ser llamados a vivir en obsequio de Jesucristo.

¿Quién es capaz de compartir este mensaje con el mundo, convenciendo mentes y transformando corazones, para que quienes tienen todo el poder lo usen para servir y no para ser servidos, y quienes no tienen poder se lo den mutuamente, recibiendo todo lo que viene de Dios y compartiéndolo libremente, para que nadie quede necesitado? Nadie debería carecer de lo que un ser humano necesita para llevar una vida digna. «Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu madre». Es en estas palabras, provenientes de la boca del Hijo de Dios colgado en la cruz, en las que aprendemos a esperar en Dios y en los demás, por la verdad de estas palabras, pues son palabras de salvación. De estas palabras aprendemos cuánto ha hecho Dios por nosotros y cuánto hará ahora por quienes se acercan a Él y aprenden lo que significa ser mansos y humildes de corazón. Es el mismo Hijo de Dios quien dice: "Bienaventurados los pacificadores, bienaventurados los que buscan la verdadera justicia, bienaventurados los mansos".

Invoco a Dios y a la Virgen para que nuestras celebraciones de la Solemnidad de Nuestra Señora del Monte Carmelo, en este Año Jubilar, renueven nuestra esperanza, aumenten nuestra alegría y lleven a muchos otros a encontrar esa esperanza y alegría en Jesús, el Verbo Encarnado; en María, la Madre de Jesús, siempre obediente a su palabra, y en las personas que adornan cada día nuestras vidas, como hermanos y hermanas, peregrinos de la esperanza.

Roma, 7 de julio de 2025



A handwritten signature in blue ink, appearing to read "Mícheál O'Neill", written in a cursive style.

Mícheál O'Neill, O. Carm.
Prior General